



A Camille Cianfarra no le gustaba España

Camille Cianfarra ha muerto entre el acero retorcido de un barco cuando regresaba a Norteamérica a pasar unas vacaciones.

Un barco, el «Andrea Doria», que navegaba alegre, orgulloso y confiado en su belleza y técnica.

Cianfarra, americano de origen italiano, iba a Norteamérica de vacaciones, cuando precisamente tantos americanos vienen a España por el mismo motivo, y esto quiere decir que Cianfarra y su familia vivían en España.

Una España que, cuando Cianfarra llegó en el año 1951, no se recataba en decir que no le gustaba.

Le conocí en Madrid en una noche de esas en las que un grupo de extranjeros y españoles hablan y opinan sobre todo lo humano y divino mientras beben unas cuantas botellas de manzanilla.

Aquí, en España, en esas noches, no pasa nada, y por eso precisamente se habla tanto. Por eso también comprendemos que ciertos ciudadanos de otras democracias aprovechen y se desquiten con gusto de las alegres limitaciones que les otorga su libertad.

A Cianfarra no le gustaba España y lo decía como corresponsal que era del New York Times, en Madrid.

Después conoció las otras Españas, porque Españas bonitas y buenas hay muchas, y se fué olvidando de aquella otra única España fea y negra que inteligentemente le habían enseñado los de fuera y desde fuera.

Cianfarra ya decía en el 54, y en esas noches de manzanilla y madrugadas sedientas, que a él no le gustaban algunas cosas de España.

Cianfarra, me dije, ya es nuestro. Por eso ha muerto cuando buscaba vacaciones y viajaba hacia otras tierras. Las suyas las acababa de adquirir en Palamós.

Creemos que a Camille Cianfarra no le gustaba la misma España que no nos gusta a nosotros, la misma que no le gustaba a aquel poeta de las estrellas y de la cara al sol; la misma que por amarla tanto en todo lo demás, nos revolcamos de rabia al comprobar que no es perfecta y quisiéramos hacerla así en un solo día.

Cianfarra ha muerto cerca de Norteamérica, pero lejos de su casa, porque Camille Cianfarra iba a vivir para siempre en un hogar que edificaría sobre un terreno cerca de Palamós. Allí, junto al mar de una costa brava y española, ha dejado prácticamente vacío su hogar un corresponsal extranjero.

En Palamós, y muy cerca, iba a tener como vecina a Madeleine Carroll, otra amantísima convertida, y por tanto siempre vociferante mujer en contra y en favor de todo lo suyo. Y lo suyo ya era hace tiempo España.

Madeleine Carroll, aquella deliciosa Madeleine de «39 escalones» y «Virginia», que vino a España en 1935, que pasó una temporada en el Hotel Mediterráneo de Calella de Palafrugell y que se quedó para siempre en esa su casa que nombra en catalán «Castell» y llama por su patronímico «Magadalena», donde no hace aún quince días descansaba de sus intoxicaciones (?) la honorable embajadora Clara Booth Luce.

España no nos gusta, podríamos decir muy bien todos aquellos que mucho la amamos, porque la queríamos perfecta, pero a la hora de la verdad bien sabemos, cuando la muerte ronda y una motonave se hunde, que una de las pocas maneras que hay de salvarse es o bien rezando o bien pidiendo auxilio en español, como esa hija política de Cianfarra que educada en este idioma y en esa creencia, no dudó que al gritar en el idioma de veinte naciones, siempre habría, como al grito de ¡A mí la Legión!, un marinerito gaditano, aunque éste fuera tripulante de un barco sueco (raras cosas de la vida), que acudiría a su lado para salvarla o perecer.

A Camille Cianfarra no le gustaba España, pero con una botella de manzanilla en la mano, yo sabía desde aquella noche madrileña que lo que le pasaba a Camille era que la amaba en demasía y la quería bella y hermosa.

Camille Cianfarra ha muerto a bordo del «Andrea Doria», por eso su muerte la hemos comentado y sentido todos sus queridos intransigentes.

R. B. F.

EL "OFICIO" DE ESTUDIAR

Hoy, a pesar de estar tan en boga la palabra productor, aún no la he oído aplicada al individuo que estudia. Y es raro, porque si se llama productor a un albañil o a un labrador que utilizan las manos como instrumento, no hay razón para no aplicarle este simpático apelativo al estudiante, o mejor al estudioso, que por cierto no son la misma cosa, que utiliza su cerebro como instrumento laboral. Y es que en realidad el estudiar no produce nada, aparte de muchos, muchísimos malos ratos.

Cuando oigo a los doctos y severos señores hablar de «aquellos felices y gozosos días de la niñez», me sube un escalofrío desde las corvas a la nuca sólo de recordar mi «feliz y gozosa niñez». No, no me gustaría volver a ella (por ahora). Y no es que haya sufrido reveses verdaderamente dolorosos, y aunque así fueran no son del caso, sino simplemente las vicisitu-



des y preocupaciones que corresponden a cualquier niño que, a los diez años, oyera decir: «¡Hijo mío, tu oficio en esta vida va a ser estudiar!»

Y si se añade a esto que el niño, tonto él, se toma la cosa en serio, comienza el calvario. ¡Cómo se agigantan los pequeños problemas en una mente de diez a quince años! ¡Un cero! Dios mío, un cero. Recuerdo la horrible huella que dejaron en mí estos terribles óvalos. Si me durmiese alguna vez un psiquiatra, con qué facilidad brotarían en la película turbia de mi subconsciente: aquella autoritaria voz mandándote callar, hiriendo lo más sensible de la incipiente vanidad del hombrecito; aquel estirado dedo implacable que poco a poco se me iba aproximando a través de cerebros vaciados y miradas asustadas, señalándonos con el ritmo acompasado de «usted tampoco lo sabe; otro». Aquellos terribles segundos antes de que el profesor, de rostro inescrutable, leyera las notas del pasado examen...

¡Los exámenes! Ahí es nada. Todo un año llenando el cerebro de noticias y al final sólo había que con-